

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No

596

25
cts

MARCELINE DAY

LLOYD HUGHES

PIRATAS DEL AIRE

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Paseo de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 596

PIRATAS DEL AIRE

Emocionante asunto, interpretado por
Lloyd Hughes, Marceline Day, Wheeler Oakman,
Emerson Treacy, Walter Miller, Ed, Le Saint
y Kit Guard.



Es un film **COLUMBIA**

Distribuido por

Los Artistas Asociados

Rambla de Cataluña, 66

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LOIS WILSON

PIRATAS DEL AIRE

Argumento de la película

La niebla cubría totalmente el horizonte. En un aeródromo civil, cercano a la ciudad, los directores sentían viva inquietud por la suerte que podría caber a uno de los aviones en ruta.

Uno de los telegrafistas consiguió al cabo de poco captar la estación instalada en aquel aeroplano.

En el avión iban Rogers y Devin, los expertos pilotos de aquella compañía de navegación aérea.

Rogers manejaba el volante, mientras su compañero, junto a él, atendía a las llamadas de radio.

—Habla la Central—dijo Devin a su compañero—. ¿Qué digo?

—Cuéntales un chiste — contestó con indiferencia.

Devin hizo un movimiento de disgusto y comunicó a la dirección:

—Hay niebla cerrada... Navegamos completamente a ciegas...

Rogers cortó la comunicación, no queriendo que nadie les molestara.

Y riendo con una risa nerviosa, extraío del bolsillo una botella de whisky y comenzó a beber.

—Rogers — le advirtió cariñosamente Devin—. No te acuerdas que ofreciste a mi hermana Grace que dejarías de beber?

—Sí... pero hoy es un día extraordinario... Más adelante cumpliré la promesa... ¿Quieres acompañarme?

—¡Nunca!

—No sabes lo que te pierdes.

Y hebióse casi el contenido de la botella. Poco a poco fué sintiéndose mareado y mirando a Devin se levantó de su puesto de mando y le dijo:

—Toma tú el volante... Yo estoy cansado... Voy a echar una siestecita.

Y entrando en la cabina de pasajeros, se sentó en un sillón y quedó casi dormido.

Devin se sintió apenado ante aquel proceder. Precisamente ahora, en plena niebla, cuando era preciso el doble cuidado de los dos, a Bob Rogers le venía en gana emborracharse y dormir...

Devin conocía bien el manejo del avión, pero le faltaba aquella pericia necesaria para capear los grandes temporales y momentos difíciles.

• La niebla se acentuaba cada vez más; parecían navegar en un mar sombrío.

Y allá en el aeródromo, los directores, alarmados ante las noticias recibidas de que aumentaba la niebla, se sentían más temerosos cada vez.

—Póngame de nuevo en comunicación con el avión—ordenó el jefe.

Tardaron algunos minutos en conseguirlo, pero pudieron de nuevo ponerse al habla.

Devin, ocupado por el mando del avión, apenas podía contestar a las llamadas por radio, y, de pronto, sin saber cómo, a causa de haber perdido momentáneamente la dirección, el aeroplano entró en barrena y su conductor intentó inútilmente mantenerlo en estabilidad... Lanzó un grito terrible al verse caer, lo mismo que Rogers que despertó azorado, con el horror de aquel momento espantoso. Desde el aeródromo oyeron la voz angustiosa de los dos aviadores y después el trágico ruido que hizo el aeroplano al estrellarse contra el suelo.

Inmediatamente se dieron órdenes para que varios aeroplanos se preparasen para salir hacia el lugar de la catástrofe, y Villard, uno de los aviadores, corrió a telefonear la dolorosa nueva a Grace, la hermana de Devin, que vivía en un barrio cercano.

—Señorita Grace... Habla Villard... Su hermano y Rogers han debido sufrir un accidente.

—¿Muertos?—sollozó—. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡No se asuste! Nada irreparable... Ahora mismo voy a buscarla.

Villard estaba enamorado de Grace, la linda hermana de Devin, deliciosa mujer, decidida y

bellísima... Pero Grace de quien estaba enamorada a la vez era de Rogers, aunque lamentaba que su amigo tuviese el feo vicio de la bebida. Se lo había dicho unos días antes. Si volvía a beber, romría definitivamente con él... Eran novios pero no de una manera oficial.

En un avión salieron poco después ella y Villard hacia el lugar del accidente. Ya habían llegado en otro aeroplano los directores del aeródromo.

Devin había resultado gravísimamente herido; Rogers, en cambio, estaba ileso.

La joven experimentó una intensa emoción al ver a su hermano, desvanecido y llevado del brazo por cuatro compañeros, que lo transportaron a un pabellón de urgencia.

Los médicos desconfiaban de salvarle, y Rogers se desesperaba, culpándose de ser el responsable de lo ocurrido.

Con el accidente había vuelto la serenidad a su imaginación y comprendía que su deber había sido el de permanecer en el puesto de mando, en vez de dormir cómodamente, mientras su compañero tenía que luchar solo con el terrible enemigo de la niebla.

En medio de su amargura Grace corrió a estrecharle la mano con la alegría de que él no hubiese sido también herido. Y el joven, ante la mirada pura y bondadosa de aquellos ojos, sintió una gran vergüenza.

El herido pareció volver en sí, miró a su alrededor, y contemplando a Rogers, dijo con voz dolorida:

—¿Por qué bebiste, Rogers? Si me hubieras estado ayudando... Yo, tan solo, no supe luchar...

Los aviadores miraron inquietos a Rogers, mientras Grace iba hacia él, sorprendida.

—¿Cómo? ¿Es verdad que volviste a beber, Rogers?

Rogers no tuvo valor para negar, e inclinó la cabeza.



Los médicos desconfiaron de salvarle.

—¡Te supliqué que dejaras de beber! ¡Tenía miedo a esto!

—¿Entonces no era usted quien llevaba el aparato? —dijo el jefe del aeródromo.

Tristemente, el joven confesó:

—La culpa es sólo mía... Me emborraché, me dormí y desatendí mi obligación. Yo soy el responsable de todo.

Y sin atreverse a sostener por más tiempo la mirada dolorosa de Grace, salió al campo y

avanzó corriendo hacia uno de los aviones que habían acudido en su socorro.

Saltó a la cabina, ordenando al mecánico que hiese voltear la hélice.



—¡Te supliqué que dejaras de beber!

Luego quiso el mecánico ocupar su sitio al lado de Rogers, pero el piloto le rechazó.

—Puedes quedarte. No voy a necesitar mecánico, Frank.

—Pero, ¿dónde va usted? ¿Cuándo le volveremos a ver?

—¡Dentro de veinte o treinta años! ¡Tal vez más!

Rodó el avión y a poco se elevaba majestuosamente.

Rogers quería huir lejos, lejos de su deshonra, de su carrera rota, de su amor que concebía perdido... Y avanzó hacia el azul de las olas, como aquella mariposa "que voló sobre el mar".

* * *

Al día siguiente los periódicos publicaron esta noticia, que se refería indudablemente a Bob Rogers:

Un trasatlántico radiografía haber visto un aeroplano de tipo anticuado volando a unas doscientas millas de la costa en la dirección de las islas Haway.

Convinieron todos los aviadores en que sólo un suicida podía intentar tal vuelo. Rogers, dolido por su culpa, había querido realizar aquella arriesgada aventura con el ánimo de encontrar la muerte.

¡Pobre muchacho! Lamentaron aquella determinación, le lloró Grace que le amaba de veras a pesar de su pecado, a pesar de que Devin seguía muy grave y Rogers era la causa indirecta de ello... Pero ella era una enamorada, y las enamoradas perdonan una, dos, cien veces... siempre.

Y pasaron varios días. Y del avión misterioso que cruzaba el mar no volvió a saberse nada... Y Devin, aunque muy lentamente, mejoraba...

Sin embargo, Rogers no había perecido. Ya en medio del mar, a las veinticuatro horas de

volar sobre él, se le había agotado la esencia y caía sobre las olas.

Un barco le recogía, un velero que lo llevaba a un puerto de Méjico...

Y algún tiempo después, Rogers vivía en un pueblo de la frontera, preguntándose qué iba a ser de él, qué iba a ocurrir cuando se acabase su dinero.

Una tarde entró en un café y acercóse al mostrador a beber vino.

En el local había bastante gente. Ocupaban una de las mesas cuatro hombres, uno de los cuales llevaba el brazo vendado.

—Oye, Kelly—le preguntó al lesionado uno de ellos—. ¿A qué hora salimos mañana, si al fin encontramos otro piloto?

—¿Tú? Si te asustas hasta de un taxi.

—No me conoces aún bien...

—Ya veremos.

Atendió el llamado Kelly a una discusión que sostenían en el mostrador el tabernero y Rogers.

Reconoció sonriente a este hombre y avanzó hacia él.

—¿Qué ocurre? ¿A qué esos gritos?

—Este joven me ha dado una moneda de plomo—dijo el dueño.

—¡Bueno! No escandalices más. Ahí tienes una buena.

Y pagó el vino de Rogers, y éste miró agradecido a su singular protector.

—¿No te acuerdas de mí, Rogers?

Rogers meditó unos momentos y recordó a un antiguo compañero, cuando él comenzaba a volar.

—Eres Kelly, ¿no?

—El mismo... Hacía tiempo que no te veía. ¿Qué haces en este país? Adivino que te estás volviendo un golfo.

—Hombre...

—Bien, no te enfades... Recuerdo. Oí algo de un accidente que tuviste.

—Y muy grave.

—Dime, Rogers. ¿Tú tienes el título de piloto?

—¡Naturalmente!

—Pues aquí hay trabajo para ti...

—¿Cómo?

—Vas a guiar un avión. Yo soy piloto también, ya lo sabes, pero me herí en un vuelo y necesito un substituto. Es algo muy interesante. Var a ganar mucho dinero. ¿Te interesa?

—Pero si aun no sé de qué se trata...

—Se trata de un avión que va repleto de billetes de banco... Y nosotros debemos protegerlo. ¿comprendes?

Parecía que ocultaba algo, pero Rogers, no creyendo pudieran prepararle algo ilícito, accedió a guiar el avión.

Al día siguiente, a las siete en punto, debían partir.

A la hora indicada, Rogers, Kelly y tres hombres más se encontraron en un campo de aviación de la frontera y subieron a un aeroplano.

—Tenéis ya los billetes de banco?

—De eso no te preocupes.

Montaron una ametralladora en el avión, y a los pocos momentos éste emprendió el vuelo.

—Vuela en dirección Norte.

Ignoraba Rogers de qué clase de negocio se trataba, pero no creía en nada culpable... Sin embargo, pronto comenzó a sospechar al ver la

actitud de sus compañeros que, sin cesar, fijaban abajo su atención.

—¿Qué miráis? —les dijo mientras conducía el volante.

—Pronto cruzaremos el aeródromo. Y si todo está listo, nos harán una señal.

—¿Una señal? ¿Quién?

—Toma. Pues... el organizador de todo esto. Sí, no pongas esta cara de asombro —dijo Kelly—. Vamos a decirte la verdad. Va a salir otro avión cargado de billetes de banco y hemos decidido atracarle en plena altura.

Se apoderó de Rogers una gran inquietud. El nunca había sido mal hombre, él nunca contribuiría a realizar un acto ilegal.

Volaron por muy cerca del aeródromo, precisamente aquel mismo aeródromo civil donde antes Rogers había prestado sus servicios. Y él volando ahora y dirigiendo una partida de bandidos. ¡Qué horror!

Estos, asomados a las ventanillas del aeroplano, vieron de pronto un hombre que, desde un automóvil parado en medio de la carretera, les hacía una señal.

Kelly exclamó, sonriente:

—Rogers, sigue ahora derecho al desierto.

Pero Rogers, no queriendo contribuir con su colaboración a aquel delito, cambió de dirección, retrocediendo de nuevo hacia la frontera mejicana.

—¿Qué haces? — le dijo Kelly, sorprendido — ¿Por qué te desvías así?

—Porque no puedo, Kelly, no puedo!... ¡Me vuelvo atrás!

—¿Estás loco?

Inmediatamente le encañonaron con sus re-

vólveres, y Kelly le obligó a ponerse en el asiento final, mientras él tomaba el mando del avión.

—¡Ah, traidor! ¡Espera que acabemos eso!
¡Ya te daremos tu merecido!

Rogers no les oía, pensando sólo en poder comunicar al aeródromo aquel asalto que se proyectaba. Y de pronto tuvo una idea... Llevaba el paracaídas arrollado a la espalda. Se tiraría al abismo.

Abrió la portezuela y, sin que pudieran evitarlo, se lanzó al espacio.

Vino a aterrizar cerca del aeródromo y corrió como un loco hacia el lugar donde el avión que llevaba el dinero estaba a punto de salir. Le hizo señas de que no marchara y luego fué a avisar al señor Brandford, el jefe del aeródromo, que estaba comentando con otros aviadores la presencia inesperada de Rogers.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has mandado de tener al avión?

—Porque iban a asaltarlo.

Y muy emocionado contó la aventura en la que impensadamente había sido complicado.

—Cometiste una imprudencia.

—Es verdad!

El joven bajó los ojos y contempló amorosamente aquel campo de aviación que conocía sus hazañas y sus bellas horas con Grace.

El jefe le miró con afecto y le dijo, conmovido por sus manifestaciones:

—¿Te gustaría volver a trabajar con nosotros, Rogers?

—Yo?

—Sí... en el taller... como mecánico.

Una sonrisa de amargura flotó en sus labios. El había creído que le iban a permitir volar

de nuevo. No siendo así, lo demás parecía ya no importarle.

—Verá usted, yo...

El jefe, que quería probarle algún tiempo en el taller antes de permitirle volar, añadió:

—Bueno, Rogers, si te conviene... ya lo sabes...

Y se despidió de él, mientras el joven volvía a mirar aquel campo donde había sus mejores recuerdos... y vivía la amada de su corazón.

* * *

Mientras tanto, Kelly y su gente, que desde el avión habían visto como Rogers iba con el "soplo" al jefe del aeródromo, juzgaron prudente el suspender su intento. Y volvieron a aterrizar en la frontera mejicana, lamentando todos no haber acabado con la vida del traidor.

Después de dejar el avión marcharon en automóvil a una casa de las cercanías del aeródromo, casa que habitaba el aviador Villard, que dirigía toda aquella banda de salteadores.

Enterado Villard de su fracaso les censuró duramente:

—¡Valiente partida de inútiles habéis salido!

—¡No es culpa mía! —protestó Kelly—. Usted dijo que tomásemos otro piloto porque yo no estaba en condiciones... y ya ve usted.

—Pero yo no dije que fuera Bob Rogers... ni que lo dejarais escapar.

—¡La próxima vez no se nos escapará! —dijo Kelly, sacando un arma.

—¡Nada de eso! Dejad tranquilas las pistolas y emplead un poco más de seso. ¡No quiero que haya muertes! ¡Hay mucho dinero en juego para arriesgarse así!

—¿Qué quiere usted decir?

—El dinero lo han mandado en tren; pero dentro de pocos días se va a hacer por avión un envío de medio millón de dólares en efectivo. Y esta vez no tiene que fallarnos.

Todavía sostuvieron larga conversación acerca del mejor medio para que no se estropeara el fabuloso negocio... Sería una nueva modalidad del atraco: el asalto desde el aire, donde no era fácil encontrar policías.

Los cómplices se despidieron de Villard y de Hansen, otro aviador civil, igualmente complicado en la banda.

Mientras, Rogers no se decidía a abandonar el aeródromo y había entrado en los talleres donde uno de los mecánicos que estaba reparando un avión, le reconoció.

—¡Rogers! ¡Tú!... ¡Pero si te dábamos por muerto!

—No lo estoy porque hay una providencia... Pero se faltó poco.

—Pues espera a que Devin se entere de que has aparecido!

—¡Devin!... pero, ¿es posible que ese muchacho esté vivo?

—Las pasó muy negras, pero ya está bien.

—Oh, Dick! ¡Gracias por haberme comunicado esa alegría tan grande!

Y marchó precipitadamente hacia el pabellón que ocupaban Devin y su hermana Grace, la mujercita adorada por él de una manera fervorosa.

Devin se encontraba en casa y recibió cordialmente a su amigo.

Este, enternecido, le pidió perdón por lo sucedido.

—Aquellos ya pasó. Yo, inconscientemente, te delaté... y contribuí a tus males... Pero hablamos de tu odisea. ¿Qué has hecho?

Rogers explicó sencillamente todo lo ocurrido, que Devin oía con gran atención.

—Pero, ¿conocías antes a ese Kelly?

—Sí. Hace años. Yo daba exhibiciones y se unió a nuestro Circo Areo... Pero cometió una estafa... y fué a parar a la cárcel. Luego se habrá estado ganando la vida en Méjico, siempre fuera de la ley.

—Me preocupa mucho todo lo que me has contado... Sus hombres tienen cómplices entre nosotros... ¿Tienes idea de quién pudo hacer la señal?

—No.

Al cabo de un rato Rogers, después de decir a Devin diera afectuosos recuerdos a Grace, marchó de allí con el propósito de volver a ver al jefe y decirle que aceptaba la plaza de mecánico. Quería quedarse para esclarecer el misterio.

Al salir encontró a Grace que acababa de llegar, guiando su pequeño, pero sumuoso automóvil.

Durante unos segundos permanecieron con las manos unidas, mirándose fijamente, casi sin poder hablar, tan grande era su emoción.

El joven se sentía avergonzado ante la presencia de aquella mujer a la que no había visto desde aquella dolorosa fecha del accidente.

—Pero, Rogers... ¿dónde has estado? ¿Vas a quedarte al fin?

—No lo sé aún... Vine a ver a tu hermano.

—¿Y a mí?

—También a ti. ¡Ah! ¡Perdóname, Grace! Pensaba que después de lo ocurrido... ya no querías volver a verme nunca...

La sonrisa de ella fué deliciosa.

—¡Qué tonto eres! Mi hermano se salvó, y yo ya no te guardo ningún rencor.

Apareció Villard, el otro aviador, que llevaba algún tiempo cortejando a Grace, sin que ésta le hiciera caso, aunque tuviera para él la cortesía de toda persona bien educada.

Los dos hombres se contemplaron con mal reprimida hostilidad. Sin saber por qué, Rogers experimentó hacia Villard una repulsión en que se mezclaban los celos y la desconfianza.

También Villard sintió por él un rencor profundo, pues sabía que gracias a su intervención había fracasado el primer golpe. Pero disimuló.

—¡Rogers! ¡Cuánto tiempo sin vernos! Pero parece usted un extraño. ¿No me reconoce?

—Ya lo creo, Villard. Usted no se me olvida.

—¿Qué le ha ocurrido, amigo?

—Otro día le contestaré.

Le saludó fríamente y se despidió de Grace con ternura.

Se alejó nervioso, no queriendo permanecer ni un momento más junto a Villard, a quien odiaba.

La joven se separó también de Villard, cuya insistencia pegajosa le molestaba y entró en su casa, mientras el aviador volvía lentamente

al campo para proseguir sus planes de espionaje y traición.

* * *

Algunos días después en el aeródromo se dieron las órdenes oportunas para que, a la mañana siguiente, un avión que sería tripulado por Devin transportase a una ciudad lejana el medio millón de dólares.

Villard, enterado de ello, se apresuró a comunicarlo a Hansen y a sus otros cómplices para que estuviesen preparados.

Rogers sentía una infinita añoranza por no poder guiar ningún avión. Hacía de mecánico y se aburría en el taller.

Tenía la grave preocupación de averiguar quién podía estar en el aeródromo en relación con los piratas del aire...

No había vuelto a ver a Grace. Amando profundamente a esta mujer, se sentía humillado a pesar de su perdón... Deseaba que ella se diera cuenta de que había cambiado definitivamente.

Con frecuencia tenía conferencias con Devin, quien muchas veces le había ofrecido ir ver al jefe del aeródromo para interceder que le permitieran volar. Pero él rogaba que no efectuase aquella gestión, pues quería recuperar la confianza sólo por sus propios méritos.

Aquel día recibió la visita de Grace, y su corazón palpitó violentamente al verla.

—¿Me tienes olvidada, Rogers? ¿Es que ya no te acuerdas de mí?

—¡Me acuerdo siempre!... ¡Significas tanto para mí, Grace!

—Debes venir a vernos. Aunque ya sé por mi hermano que trabajas mucho.

—Lo hago para ganar méritos. Para recuperar la posición que he perdido... y que me permitirá muchas cosas con que sueño...

Y abarcó en una honda mirada a su amiguita.

—¿Cuándo te renuevan el título? —preguntó ella.

—No sé... Trabajo como un negro en los talleres. Pero parece que alguien me pone el visto...

—¡No desesperes! Tienes que tener confianza en ti... como yo la tengo.

Salieron a dar una vuelta. Atardecía suavemente; el aire era diáfano en la gran extensión del aeródromo. El joven se sintió lleno de emoción y, de pronto, olvidando las promesas que se había hecho poco antes, estrechó entre sus brazos a Grace, y le murmuró con ternura:

—Te quiero con toda mi alma, Grace! Cuando vuelve otra vez, cuando recupere todo mi prestigio, ¿podremos casarnos?

Suavemente, con honda ternura, ella acarició sus manos. Estaba bien segura del arrepentimiento de él.

—Te prometo que sí! ¡Y quiero que sea pronto!

Llegó Devin, sonriente.

—Hola, Rogers! Mañana guío el avión especial de las seis... en el que llevo medio millón.

—Magnífico! Iré a despedirte al campo.

Rogers se despidió de ellos, volviendo con cierta melancolía a los talleres. Poco después,

cuando había terminado ya su labor diurna y se disponía en un cochecito de su propiedad a dar un paseo por los alrededores, vió un automóvil parado allí cerca y en que estaban Kelly, varios de sus amigotes y el aviador Hansen.



La sorpresa de Rogers fué extraordinaria.

La sorpresa de Rogers fué extraordinaria al ver que ya tenía entre sí el hilo de la madeja. Kelly y su gente sabían las cosas del aeródromo por mediación del piloto Hansen, hombre que tampoco nunca había inspirado al joven demasiada confianza.

Se detuvo un momento para pensar qué debía hacer, pero Hansen y los suyos le descubrieron.

—Allí está Rogers! —dijo Hansen—. Y me ha visto. Se va a descubrir mi intervención.

—Vayamos a cogerlo—indico Kelly—. Sólo faltaría que Rogers nos dehiciera otra vez el plan.

Se metieron todos dentro del coche y avanzaron en dirección al auto de Rogers... Este, viéndose perseguido, aceleró el motor, emprendiendo rápida carrera. Pero no pudo ir demasiado lejos... por cuanto al ser ya fuera de los linderos del aeródromo, Kelly disparó varios tiros contra las ruedas del coche, deshinchando los neumáticos y obligando a Rogers a detenerse.

El piloto intentó huir, pero le rodearon revolver en mano todos aquellos sujetos con Hansen a la cabeza.

—Hoy no te escaparás—le dijo Kelly, obligándole a entrar dentro del coche.

—¡Eso ya lo veremos!

—Al fin has descubierto quién hacía las señales, ¿no?—le preguntó Hansen—. Pues piensa que eso será causa de tu fin. ¡En marcha! ¡Corred las cortinillas!

El coche partió a toda velocidad, preguntándose Rogers dónde le llevaba aquella odiosa gente.

Diez minutos después el vehículo se detenía ante una casa de los barrios extremos de la ciudad, donde los bandidos tenían alquilado un departamento.

Entraron en una habitación. Rogers conservaba una admirable serenidad.

Kelly le contemplaba con una sonrisa perversa.

—Me gustaría servirte algo caliente.

—No vendría mal un buen caldo.

—¡O este plomo!

Su mano apareció armada con un revólver, pero Hansen intervino:

—¡Deja eso! Ya sabes cuáles son las órdenes del amo.. No vayamos a estropear el negocio... Mañana a las seis ha de estar todo preparado.

Recogió Rogers aquellas frases, recordando que al día siguiente a las seis su amigo tenía que guiar el avión que conduciría el dinero.

—¿Algún nuevo intento, Kelly?—preguntó con ironía.

—Sí. Pero esta vez sin ti, Rogers.

—¡Qué lástima!

Hansen llamó por teléfono a Villard.

—Oye, Villard...

Rogers hizo un gesto casi imperceptible de sorpresa. ¿Villard también? ¿Conque el hombre al que él profesaba tan extraordinaria antipatía, era cómplice de los bandidos?

Kelly le miró con ira.

—No te disgustes, Kelly—dijo Rogers sin inmutarse—. Sospechaba ya que era Villard.

—Cuantas más cosas sepas, peor para ti.

Hansen telefoneó a Villard, que se hallaba en su oficina del aeródromo hablando con Grace que había ido a ver a su hermano.

—Soy Hansen. Rogers me vió hablando con Kelly, y, naturalmente, hemos tenido que agarrarle y traerlo...

—¿Está ahí?

—Sí... Y, además, sabe que usted interviene en todo esto.

—¡Demonio!

—¿Qué hacemos con él? ¿Le despachamos y seguimos adelante?

—Sí. Cerrad el trato inmediatamente. ¡Adios!

Procuró mantenerse tranquilo, sin que trascendiera para nada su emoción. Grace, bien ignorante de lo que significaba aquella llamada telefónica, se dispuso a marchar, en vista de que su hermano no estaba en la oficina. Pero antes de salir, ella se refirió a Rogers e incidentalmente le dijo que no parecía Villard mostrarle demasiada simpatía.

Mintiendo descaradamente, pero con el deseo de captarse totalmente la confianza de la muchacha, Villard se apresuró a decir:

—Muy al contrario. Soy buen amigo de Rogers... Y deseo que Rogers colme las esperanzas que usted tiene puestas en él...

—¡Gracias!... ¡Gracias!

Entretanto, Hansen, Kelly y los demás bandidos miraban a Rogers con expresión gozosa, dispuestos a castigarle de acuerdo con lo indicado por Villard.

Kelly volvió a sacar el revólver y le apuntó.

Pero Rogers de un formidable manotazo lanzó lejos aquella arma, que, en su trayectoria, vino a romper el cristal de la ventana y cayó a la calle.

Quiso huir, pero se lanzaron sobre él y lo ataron fuertemente. Miraron por la ventana y vieron que el revólver había sido recogido por unos policías, que se dirigían decididos a la casa.

Comprendiendo que era preciso evitar todo escándalo, acabaron de estrechar las fuertes ligaduras con que aprisionaban a Rogers, a quien encerraron en una pequeña habitación contigua.

Momentos después llegaban los dos policías, quienes preguntaban si habían sido ellos los que arrojaron el revólver.

Lo negaron terminantemente, manifestando con verdadera hipocresía que su reunión era simplemente amistosa.



...a quien encerraron en una pequeña habitación...

—De todos modos estoy seguro que el arma ha salido de aquí... y voy a registrar el piso—dijo uno de los guardias.

—Eso no será sin una orden del juez—indico Kelly.

Los policías cambiaron breves palabras. Sin un auto del juez no podían realmente efectuar un registro.

—Volveremos a investigar lo que ha ocurrido. Apenas hubieron marchado, los bandidos tuvieron un cambio de impresiones, acordando no realizar ahora nada contra Rogers, pues no convenía suscitar el menor escándalo.

Salieron apresuradamente, dejando al joven aviador encerrado en un cuarto oscuro, en plena inmovilidad.

* * *

Al día siguiente por la mañana, Devin se hallaba ya en el avión al que había sido transportada la importante suma de quinientos mil dólares.

Le despedían su hermana Grace y los altos funcionarios del aeródromo.

—Es raro que Rogers no haya venido—dijo Devin.

—¡Tanto como aseguró que vendría!—murmuró, extrañada, la joven.

—¡Buena suerte, Devin!—le dijo el jefe.— ¡Y mucho cuidado, que llevas una preciosa carga.

—¡Descuide usted!
Besó a su hermana y pronto el avión emprendió rápido vuelo.

Villard y Hansen, desde lejos, habían visto partir el aeroplano y contemplaban ahora nerviosamente el espacio, deseando ver aparecer el otro avión que guiaría Kelly.

—Verá usted cómo esta vez sale todo bien—le decía Hansen.

—No las tengo todas, te lo aseguro. ¡Son tan torpes! ¿Por qué no remataron a Rogers?

—Ya nos encargaremos hoy de hacerlo.

—¡Y luego, huid de aquí todos! Con medio millón se puede ir muy lejos.

—Es verdad, Villard... Lástima sólo que tenga usted que dejar a la muchacha. Porque sé que Grace le gusta.

—Más de lo que puedes figurarte. Pero... quizás no la deje.

E hizo un signo misterioso. En aquel momento vieron cruzar cerca de ellos un avión: era el de Kelly.

Le hicieron varias señales, y el avión emprendió rápidamente la marcha hacia el norte, en dirección a la misma ruta que poco antes había realizado el aeroplano de Devin.

Entretanto, al hacer el portero la limpieza del departamento que en una casa de la ciudad tenían alquilado los bandidos, oyó desde una habitación ayes lastimeros y corrió a comunicarlo a la patrona... Abrieron la puerta de aquel cuarto y vieron atado a un hombre.

Salieron dando gritos en el momento en que llegaban los dos policías de la noche anterior, que habían procedido en la calle a la detención de un sujeto al que habían reconocido como uno de los que estaban en el piso, a raíz del suceso del revólver.

Era uno de los cómplices de Villard, un tal Louis, que no había tomado parte en la expedición aérea y que iba al piso para ver a Rogers.

—Pero, ¿qué ocurre? ¿A qué ese escándalo?
—dijo uno de los guardias.

Louis lanzó por lo bajo una maldición. Los

policías penetraron en el cuarto y desataron a Rogers, que había pasado una dolorosa noche.

—¿Quién es usted? ¿Quién leató?

Rogers permaneció unos momentos como desorientado, y luego dijo, señalando al hombre que estaba con los guardias:

—Ese es de la banda de los que van a asaltar el aeroplano.

—Pero ¿qué banda?

—Permítame telefonear, por favor. Ya le contará.

Se puso en comunicación con el aeródromo, preguntando si había salido ya el avión especial.

Le informaron afirmativamente, y Rogers se desesperó.

—¡Hay que mandar detener ese avión o será asaltado!

—¡Imposible! ¡Hace ya bastante rato que salió!

—¡Voy a ir allí inmediatamente!

Comunicó brevemente a los agentes lo que ocurría, y éstos se pusieron a su vez en comunicación con la Dirección de policía para que se tomasen las medidas pertinentes.

Tan pronto en la Dirección conocieron aquel intento de asalto, telefonearon a la aviación militar, que ordenó fuese destacado un avión con ametralladora, a fin de dar caza a los bandidos.

Poco antes de que Rogers hubiese comunicado aquella noticia al aeródromo, Villard y Hansen se hallaban preparando otro avión que debía conducirles lejos de allí.

Acertó a pasar ante ellos la linda Grace, que se hallaba muy disgustada ante la extraña ausencia de Rogers.

Villard se le acercó y le dijo muy cariñosamente:

—Me voy a mi finca... Es un día ideal para volar, Grace... Ande, decídase a acompañarme.

—¡No! ¡No es posible!

—¡Volveremos pronto! ¡Se lo aseguro!... Cierre el trato con la gente que tengo citada en la finca y regresamos a tiempo de almorcizar...

Un poco despechada por la ausencia de Rogers, la joven acabó por decidirse a aceptar su vuelo.

Y a los pocos minutos, el avión, guiado por Hansen, volaba en dirección a una casa de campo que poseía Villard a pocos kilómetros de allí, y donde esperaba recibir la visita de sus cómplices una vez hubiesen efectuado el despojo.

Minutos más tarde, Rogers llegaba al aeródromo y explicaba a Bradford, el jefe del mismo, que iban a robar el avión expreso.

—Unos bandidos van a asaltarlo... y Villard es el organizador.

La sensación fué indescriptible. Corrieron a la oficina para ponerse en comunicación con el aeroplano de Devin. Este les comunicó poco después una llamada ansustiosa, como un S. O. S.

—Un potente avión me sigue desde que salí de ahí... Es muy sospechoso.

—Retroceda, si es posible...

Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales se oyó de nuevo la voz de Devin y unos secos estampidos.

—Están ametrallando mi aeroplano... ¡Intentan hacerme aterrizar!

—¡Animo!

Rogers no pudo resistir por más tiempo y pidió a Bradford le permitiera subir en un avión e ir en ayuda de su amigo.

Concedida la autorización, Rogers lanzóse como un águila por el espacio.

Pero llegaba demasiado tarde... El avión de Kelly había conseguido destruir el depósito de bencina del aeroplano de Devin, quien se vió en la precisión de aterrizar.

Inmediatamente ganó tierra el avión de Kelly y éste y los demás bandidos, amenazándolo con sus armas, le quitaron el tesoro confiado a su custodia y se elevaron de nuevo con inaudita rapidez, dejándole el avión inutilizado.

Los bandidos se dirigieron a la posesión de Villard donde éste había llegado momentos antes con Grace y Hansen.

Mientras Grace, atendida por la mujer que cuidaba de la finca, visitaba ésta, los bandidos presididos por Villard, que no reprimía su júbilo ante lo acertado del plan, hacían el reparto del dinero.

—Y ahora, señores, es preciso separarnos... Lo mejor es salir para la frontera. Por algún tiempo no nos conviene permanecer aquí.

—Y usted, señor Villard, ¿marchará con la chica?

—Creo que también es un tesoro, y no conviene perderlo.

Rogers, que sabía que Villard poseía una finca en aquellos parajes, voló sobre ellos y al ver en el campo dos aviones, ya no tuvo la menor duda de que los hombres que buscaba se hallaban allí.

Bajó de su aeroplano. Fué de puntillas a la casa y oyó la conversación que aquellos misera-

bles sostenían... Vió después a Grace, que hablaba con la granjera y comprendió que la joven había sido engañada. Pero era preciso obrar con astucia para salvarla.

Cautelosamente se dirigió hacia el sitio donde estaban los dos aviones. Provocó en el que había volado Villard una seria avería, y luego penetró en la cabina del avión de Kelly, un monoplano de tipo bastante grande, y aguardó en su interior.

Salieron poco después Villard, Hansen, Kelly y los otros bandidos, y fueron a reunirse con Grace que, sin saber por qué, ante la presencia de toda aquella gente, experimentó una extraña inquietud.

Hansen preparó su avión y vió que se había producido una fuerte avería.

—¿Hay para mucho? — dijo Villard, impaciente.

—Quizás tardemos una hora...

—Entonces tomaremos el otro aeroplano, Hansen. Y tú repara la avería cuanto antes. Ya nos encontraremos en la frontera.

Entró en compañía de Grace en el avión de Kelly, sin fijarse en quién era el piloto que estaba ante el volante.

Los demás bandidos quisieron entrar también, pero Rogers, bruscamente, cerró la portezuela y emprendió rápida ascensión, dejando a los otros en tierra y considerándose traicionados por Villard.

Este, extrañado de la actitud del piloto, le gritó, creyendo que se trataba de Kelly:

—Pero ¿qué hace usted? ¿Por qué no dejó que los demás vinieran?

Volvióse Rogers, sonriente, con un revólver en la mano.

—¡Buenos días, Villard!
—Usted! ¡Ah, miserable!



—Si quiere aterrizar pronto tírese por una ventanilla...

Grace contempló emocionada a Rogers, e inmediatamente se puso junto a él, como buscando su amparo.

—¡Aterrice inmediatamente! ¡Quiero bajar!
—gritó Villard.

—Si quiere aterrizar pronto, tírese por una ventanilla, ladrón.

Rogers explicó a Grace qué clase de sujeto era Villard. Este se dejó caer, desesperado, en el fondo del asiento, mientras Rogers emprendía rápida ascensión.

Pero no habían terminado aún los peligros. Un avión del ejército había salido en persecución de los bandidos... Había aterrizado junto al avión de Devin, quien le dió las señas del que le había atacado.

El avión militar se había elevado de nuevo y al ver ahora el aeroplano que guiaba Rogers, no tuvo género de duda que se trataba de los piratas del aire. Y empezó a ametrallarlo con magnífica puntería, a pesar de las señas que Rogers hacia constantemente.

Una de las balas vino a herir mortalmente a Villard, que cayó para siempre.

Temió Rogers que a él y a Grace les pudiera ocurrir lo mismo, y ordenando a la muchacha que se cogiese fuertemente a él, se lanzó al espacio provisto del paracaídas.

Grace y Rogers llegaron sanos y salvos a tierra, y la joven, rendida de emoción, besó al hombre que era todo su amor y que le había salvado con su serenidad.

* * *

Más tarde, el propio Rogers, con varios policías, procedió a la detención de todos los cómplices de la banda, consiguiendo recuperar la mayor parte del dinero robado.

Y luego regresó al aeródromo, donde ya le esperaba Grace, la linda amiguita, que iba a convertirse en la más dulce de las compañeras.

FIN

Esta semana, en las selectas **Ediciones Especiales**, de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA, el magnífico asunto

Amores de medianoche

Por DANIELE PAROLA y PIERRE BATCHEFF

Exija siempre las novelas cinematográficas de

Ediciones BISTAGNE

Las mejores películas.—Los mejores artistas.

Las mejores narraciones.

Siempre

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis. — BARCELONA

Precio popular: 1 pta.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarlos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tipografía Barcelona - Arribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA